

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1951 - Número 45



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



188

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **168**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1951



Tomo XIV
Número 45

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

ENERO-FEBRERO

Núm. 45

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
José López Toro.— <i>El poeta sevillano Juan de Alcalá</i>	9
José Armenta Camacho-Luis Benítez Romero.— <i>Epidemiología del Kola-Azar, en Sevilla y su provincia</i>	29
Antonio Domínguez Ortiz.— <i>Un embajador marroquí en Sevilla</i>	49
Federico Gutiérrez Serrano.— <i>San Antonio María Claret y Sevilla</i>	57

MISCELANEA

Higinio Capote.— <i>Don Luis Montoto</i>	77
Abel Bonnard.— <i>Sevilla, Ciudad de la cultura</i>	85
***.— <i>Concurso de monografías</i>	89
LIBROS	91
CRÍTICA DE ARTE.— <i>Pintura, Escultura y Grabado</i> , por Antonio Sancho Corbacho.....	101
CRÓNICA.— <i>Julio y agosto, 1945</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia	107

ARTÍCULOS ORIGINALES

UN EMBAJADOR MARROQUÍ EN SEVILLA



LA ESTANCIA DE SIDI AHMET-EL-GAZEL

EN 1766

CON UNA NOTA

SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL ALCAZAR SEVILLANO

SEGURAMENTE los gobernantes actuales tienen más preocupaciones que los de hace dos centurias; pero no hay regla sin excepción; por ejemplo, los que hoy dirigen la cosa pública deben hacer frente a muchos géneros de escasez, pero no a la de diversiones para el pueblo, y sería muy sorprendente que un político de cualquier matiz o nacionalidad tomase la pluma, como lo hizo don Juan Pablo Forner para señalar esta deficiencia. Forner fué fiscal de la Audiencia de Sevilla, y si en esta ciudad, la segunda de la Monarquía, faltaban recreaciones honestas, ¿qué sucedería en los demás lugares?

Suspendidas las comedias, inexistentes aún los cafés y otros lugares públicos de reunión, desconocidos los deportes, la Prensa diaria y otros muchos medios de esparcimiento que hoy existen, la vida hispalense a mediados del XVIII debía ser de una monotonía abrumadora, sólo rota de tarde en tarde por alguna fiesta religiosa, luminarias con tal o cual motivo o la ejecución pública de algún malhechor; los huecos se rellenaban con paseos (es la época en que todas las ciudades crean o arreglan sus paseos), visitas de cumplido y también, pero sólo para las clases pudientes, porque entonces el Correo era muy caro, la correspondencia epistolar, de unas dimensiones que demuestran que para aquellas gentes la distribución del tiempo no era precisamente un problema agobiante.

Sin duda el deseo de ver algo nuevo contribuyó a que la ciudad entera secundara los deseos del rey Carlos III de que al embajador marroquí que llegó a Sevilla en junio de 1766 se le dispensara una acogida lo

más afectuosa posible; tal vez en ninguna de las ciudades que atravesó fué tan agasajado; también contribuiría el júbilo que en toda Andalucía tenía que producir la perspectiva de una próxima paz con los marroquíes, cuyas piraterías tenían amedrentadas a las poblaciones del Sur y constituían un obstáculo importante para su comercio. La guerra que se hacían España y los países mahometanos ya no tenía el mismo encarnizamiento que en el siglo XVII; el corso había decaído; la idea de la «guerra santa» también. Sin embargo, aún los odios seguían muy vivos, y no deja de ser sorprendente que una comitiva de infieles fuera objeto de tantas atenciones. En 1690, otro embajador marroquí fué a Madrid, pero de incógnito o poco menos. Este no pasó por Sevilla, sino que desde Lebrija tomó el camino más corto a Córdoba por Marchena y Ecija (1).

No hay porqué exponer aquí los antecedentes de la Embajada de 1766; en una reciente y documentada obra se estudian con toda minuciosidad (2). Baste decir que mostrando el Emperador de Marruecos favorables disposiciones para poner fin a la interminable guerra que sostenía contra España, y tras el envío de varios negociadores desde Madrid que prepararon el terreno, llegó a Ceuta uno de los hombres más cultos de Marruecos con el encargo de llevar a término las negociaciones. Llamábase el embajador Sidi Ahmet el Gacel, a quien los contemporáneos nos presentan como hombre de mediana edad, agradable aspecto y afable compañía que por sus dotes y carácter contrastaba con el natural rudo y violento de sus compatriotas. De sus dotes literarias da fe el «Diario» que redactó anotando las impresiones de su viaje.

Una escuadra española transportó al embajador con su séquito de Ceuta a Algeciras, a donde llegaron el 29 de mayo de 1766; el 3 de junio estaban en Tarifa, el 6 en Medina Sidonia, el 9 en Jerez, donde se detuvieron varios días, y el 17 entraron en Sevilla. Se ha escrito sobre su estancia en Jerez, y en Cádiz, donde se detuvo al regreso; pero de su permanencia en Sevilla sólo se han publicado las muy cortas líneas que dedican al hecho nuestros cronistas. Me ha parecido de interés ampliar estas noticias con otras que constan, en su mayoría, en el Archivo Municipal Hispalense (3).

(1) H. E. J. Stanley, «Account of an Embassy from Morocco to Spain in 1690 and 1691». Folleto en 20 páginas sin lugar de impresión ni fecha. El embajador se llamaba nada menos que Abu Abdala Mohamad Hammu ben Abde'wahab el vizir, el Andaluci el Feci. Su relato de viaje, que es de extraordinario interés fué traducido fragmentariamente al inglés por Stanley, y al francés por H. Sauvaire. Un breve relato de este viaje da H. Peres en «L'Espagne vue par les voyageurs musulmans». París, 1937.

(2) V. Rodríguez Casado, «Política marroquí de Carlos III». Madrid, 1946, capítulos II y III. Relato detallado de los antecedentes de la Embajada, personalidad del embajador e incidencias del viaje. Bibliografía más completa que la de H. Péres (obra citada).

(3) Los documentos consultados se hallan en las Escribanías Capitulares primera y segunda del siglo XVIII, tomo 98, y en la sección Papeles del Conde del Aguila, tomo 25 en 4.º, números 2 al 6. También contiene detalles curiosos sobre el recibimiento y estancia del embajador en Sevilla el «Heddomadario útil sevillano», papel 6. De este semanario, extremadamente raro, que se publicaba entonces en Sevilla, guarda una colección, procedente del legado de don Joaquín Hazañas, la biblioteca de la Facultad de

El 15 de junio, la ciudad celebró Cabildo extraordinario para disponer todo lo necesario a fin de recibir con toda solemnidad y hospedar suntuosamente a los enviados. Sobre este punto, las órdenes eran terminantes; la Real Orden de 20 de mayo expresa en términos generales la calidad que había de tener el recibimiento, pero las instrucciones que transmitió don Pablo Asencio, teniente de Carabineros, de la escolta del embajador, a las autoridades de los lugares por donde había de pasar, descenden a mayores detalles: «El alojamiento de los principales se hará en las mejores casas de los lugares, exceptuando sólo el estado eclesiástico, y será muy del caso el hacer entender preventivamente que los principales de un pueblo se adelanten a ofrecer su casa voluntariamente al embajador. Procure se esparza la voz de la mucha estimación que el Rey haze del Emperador de Marruecos, las singulares demostraciones que este Príncipe ha hecho y continúa en obsequio de Su Majestad, deseando por todos medios captar su amistad y benevolencia a fin que los pueblos muestren en su recepción y trato el mayor agasajo a este embajador. De cuya conducta por sus vasallos se dará S. M. por satisfecho, y que será de su desagrado cualquiera motivo de disgusto que pudiera tener de estas gentes» (4).

Otra nota, firmada en Jerez por el mismo teniente, expresa lo que debían aprontar los lugares donde se alojara la comitiva, a saber: Una casa bien aderezada con tres camas muy buenas y otras tres muy decentes para el embajador y los principales de su séquito. Otra casa con ocho camas para los moros de menos cuenta. Alojamiento para el oficial de la escolta, para el sargento y veinte dragones que componían ésta, y para los trece cautivos cristianos que los marroquíes traían de presente. Dos fanegas diarias de pan blanco, gallinas o carneros en cantidad, dos arrobas de nieve y otros mantenimientos.

El Cabildo sevillano, cumpliendo la voluntad manifiesta del Monarca, acordó habilitar el alojamiento más suntuoso y también el más propio para una embajada musulmana: los cuartos bajos del Alcázar; mantenerle de sus propios una mesa de cincuenta cubiertos e invitar a todas las personas de distinción a sumarse al homenaje que se preparaba.

El domingo 15 de junio llegó Sidi Ahmet a Lebrija, el lunes 16 a Los Palacios y el martes 17, muy de mañana a Sevilla; le acompañaban su primo Sidi Eljast Mohamed Esiles, Sidi Amara ben Musa, pariente del Emperador, y otros dignatarios marroquíes de menor cuantía; varios religiosos, entre ellos fray Bartolomé Girón, ex provincial de la Provincia

Filosofía y Letras de la Universidad Hispalense. Además, Farinelli cita una «Breve relación de la llegada, estancia y partida que hizo... de Sevilla Cydi Amet el Gazel, embajador del Emperador de Marruecos...» (Viajes por España y Portugal, 2.ª edición, tomo II, 310), que no se si puede identificarse con alguna de las ya conocidas. Los historiadores sevillanos consagran poco espacio al suceso; Guichot, sólo unas líneas (Historia de Sevilla, IV, 397) y algo más Matute (II, 210).

(4) Archivo Municipal, Escribanías Capitulares 1.ª y 2.ª, siglo XVIII, tomo 98.

de San Diego, de Franciscanos Descalzos, que como enviado de Carlos III había hecho progresar las negociaciones entre ambas Cortes; la escolta a caballo y los presentes que traía para el Rey de España, consistentes en trece cautivos cristianos, cuatro dromedarios, cuatro caballos y ocho camellos. Se adelantaron a recibirle, en carrozas facilitadas por el Cardenal Arzobispo, el marqués de la Candía y don Francisco Bruna, el teniente mayor, el intendente Bringas, el procurador mayor de la Ciudad, conde de la Mejorada, y don Francisco Larumbe, hijo del Asistente.

Cuando la comitiva llegó ante las murallas de Sevilla, el gran concurso de gente reunido para presenciar tan desusada novedad le tributó un entusiasta recibimiento, subrayado por las salvas de los buques surtos en el puerto. Penetraron por la Puerta de Triana, y por la Plaza de San Francisco llegaron al Alcázar, donde rindió honores una compañía de fusileros de Cataluña. Aquella misma mañana recibieron los moros los cumplimientos de muchos caballeros y se celebró un banquete de ochenta cubiertos, «aunque ellos, dice una relación, sólo comieron lo que guiso su cocinero». Lo que no dice es si los sevillanos llevaron su condescendencia con sus huéspedes hasta prescindir de los cubiertos. Terminada la comida, visitaron todo el Alcázar sin ahorrar las expresiones de admiración y complacencia.

Por la tarde, El-Gazel y sus acompañantes subieron a la Giralda; después «pasearon por la Alameda, que estaba llena de coches y paseantes». También vieron la Real Fundición de Cañones. Per la noche se les obsequió con helados y refrescos, y hubo concierto de treinta instrumentos, seguramente de música italiana, que entonces hacía furor.

Al día siguiente hubo recepción de autoridades en el Alcázar; entre otras personalidades, cumplieron al embajador el Arzobispo, Ayuntamiento y Maestranza de Caballería. A la comida asistió la principal nobleza, según afirma el redactor del «Hebdomadario útil sevillano», modestísimo semanario que entonces se publicaba en Sevilla. Por la tarde vieron el río y el puente de barcas, que les llamó mucho la atención; para satisfacer la curiosidad del embajador se le abrió, separando una de las once barcas sobre que estribaba para que pudiera examinar su estructura, y luego se volvió a cerrar. De allí pasaron a la Maestranza de Artillería y al contiguo Almacén de Reales Azogues (en la antigua Aduana, recién derribada), donde Matute dice que les admiró ver en grandes recipientes de piedra el líquido metal, que desde allí se enviaba para beneficiar la plata americana. Finalizó el día como el anterior, con refrescos y concierto.

El jueves 19 hicieron los moros una visita a la recién terminada Fábrica de Tabacos, «aunque rápida porque los trastornaba el polvo (5).

(5) Papeles C. del Aguila, tomo II en 4.º, núm. 2. El «Hebdomadario útil sevillano» dice que visitaron la Fábrica vieja y la nueva o actual.

También visitaron la Catedral a puertas cerradas y el sepulcro de San Fernando; oyeron los sonos del órgano, pasmándose de que sólo dos hombres lo pusieran en movimiento. Aquella noche, el convite y música en el Alcázar revistieron más solemnidad que nunca; fueron invitadas todas las personas de viso de la sociedad hispalense, acompañadas de sus señoras; el refresco se compuso de sorbetes, quesos helados y cuarenta arrobas de dulces. La orquesta de treinta instrumentos actuó en el Salón de Embajadores, «cantando los tiples (sic) Carlos Peral, de la Catedral, y Chequino Borri, que había venido a la ópera» (6). Después, la concurrencia se dispersó por los jardines iluminados del Alcázar; fantástico aspecto debían presentar aquellos jardines de ensueño, aquella noche que quedaría grabada en el recuerdo de los presentes como una de las más deliciosas de su vida. He aquí cómo describe la fiesta nocturna un papel de la época: (7).

«Los primeros tránsitos y los patios estaban iluminados con hachas, los dos salones de entrada con cornucopias, después se entraba por la puerta del estanque alto, cuyas barandas estaban todas guarnecidas de faroles de varios colores de papel entre los hierros, y más abajo morteretes (8), que daban todo su reflejo en el agua; del mismo modo estaba guarnecida la estatua de bronce que tiene en medio, en cuyo estanque andaba navegando una falúa empavesada e iluminada, con dos clarinetes y dos trompas, vestidos los músicos con mucha propiedad, de marineros como el que gobernaba los remos, y todo aquel corredor que hace frente a los jardines y la pared de las galerías estaban coronadas de faroles y morteretes, y la escalera que baja en dos ramales a el jardín primero, llamado de la Danza... Se entraba después al Jardín Grande, cuya portada estaba toda simétricamente iluminada, y sus ocho cuadros con una guarnición salomónica sobre las murtas (9) con los faroles, que eran de cinco colores».

Describe después la iluminación de las grutas y fuentes, y seguramente no exagera el anónimo cronista cuando dice que la combinación de músicas, aguas y luces componían juntas «el espectáculo más delicioso que se puede pintar». Finalizó la fiesta con un baile que duró hasta las cinco de la mañana. Carlos III no podía estar quejoso de la obediencia de sus súbditos. Según el «Hebdomadario», fueron tres mil las luces que iluminaron en el Palacio y jardines el sarao y minué con que los concurrentes se solazaron hasta horas tan desusadas.

(6) Por aquel entonces las comedias estaban prohibidas en Sevilla y los que gustaban de este género acudían a verlas a San Juan de Aznalfarache; pero permitíase la ópera italiana que desde el reinado anterior estaba de moda en España.

(7) Papeles Conde del Aguila, doc. citado.

(8) Según el Diccionario de la Academia, morterete es «pieza de cera hecha en forma de vaso con su mecha, que sirve para iluminar los altares o teatros de perspectiva poniéndola en un vaso de agua».

(9) Arrayanes.

El viernes 20, último día que los embajadores permanecieron en nuestra capital, visitaron el Palacio de San Telmo, sembrero mucho tiempo de marinos para la Carrera de Indias, y la Casa de la Moneda. La tarde la dedicaron a leer las inscripciones árabes del Alcázar, «y aclararon en una de ellas averse fabricado por el Rey sultán Nasar, y Salubi, un maestro toledano, siendo de Toledo todos los que hicieron la obra, año de 1181». (10). Con esto dieron por terminada su estancia; como viajaban de noche, sin duda para evitar los rigores de la incipiente canícula, después de la cena, amenizada como los días anteriores con música y refrescos, emprendieron a la una el camino hacia Carmona, y desde allí, por Ecija, a Córdoba, a donde llegaron el 26 (11).

Los últimos documentos que en nuestro Archivo Municipal se contienen sobre este asunto se refieren a las gestiones que hizo la ciudad para recuperar los gastos ocasionados, que el Monarca había ofrecido abonar y que montaban 29.195 reales con doce maravedises.

El Diaric de El-Gazel refleja la viva impresión que le hizo tan fastuoso recibimiento, y al describir el Alcázar no escatima los más encendidos elogios. «Hemos visto en este palacio, dice, cosas que a un escritor cansaría describir, a causa de la magnificencia de la construcción, del gran número de salones con y sin cúpulas, cámaras altas, salas y pabellones de recreo; todo cubierto de ornamentos admirables, obra de estu-

(10) Esta inscripción sería de enorme interés si la transcripción que el citado papel de la colección del Conde del Aguila atribuye al embajador fuera de fiar; pero tal inscripción no existe hoy; al menos no la veo citada por Ríos, Mínguez, Gestoso, Antuña ni Levi-Provençal. ¿Es posible que haya desaparecido? Por otra parte, el Sultán almohade que entonces reinaba no era el Nasar, sino Yusef ben Abdelmumen, a quien el Cartas atribuye la construcción de multitud de obras públicas en Sevilla: «En este mismo año (567 de la hegira, 1171 de J. C.) el emir de los musulmanes, Yusuf, comenzó a construir la mezquita El-Moharren (la sagrada) en Sevilla... Este mismo año construyó un puente de barcas sobre el río de Sevilla, las dos kasbah, interior y exterior, de esta ciudad, el foso que rodea las murallas, la muralla de la puerta de Chauar, los muelles de piedra de ambas márgenes del río, y por fin, el acueducto que conduce a la ciudad el agua de la colina de Chabers». (Trad. Beaumier, pág. 297-98). Si el Alcázar actual pudiera identificarse con la kasbah interior o exterior, no cabe duda de que remonta a los almohades, aunque el padre Melchor Antuña, basándose en el silencio de Abensahib-basala y en el carácter de las inscripciones cúficas estudiadas por don Martín Mínguez, opina que es de origen abbadita. («Sevilla y sus monumentos árabes», Ciudad de Dios, 1880).

Aunque sin autoridad para decidir en esta materia, pienso que bien pudo Yusuf comenzar el Alcázar y terminarlo El Nasar, que reinó a comienzos del siglo XIII. La dificultad de la fecha puede explicarse fácilmente, porque sin una tabla de reducción el cómputo sólo puede ser aproximado. También es muy posible que la traducción del embajador no fuera fielmente captada por sus oyentes. Resta una última hipótesis para explicar este desconcertante pasaje: la de que toda la traducción fuese una superchería, una pura invención del embajador para salir del paso. Sin embargo, cuesta trabajo admitir tal cosa de un hombre de la seriedad y el carácter de El-Gazel, que además era un literato eminente, uno de los mejores conocedores de la historia y la lengua árabes.

(11) También en Córdoba reconoció El-Gazel los vestigios árabes, aunque muy a la ligera, «véndose con el deseo de volver a registrarlos; y que dicho señor Basquez que todo lo tiene estampado y en sus mismos caracteres, con sus versiones de hombres eruditos de ellos, los trató a correspondencia de lo que practicaban; no obstante, consiguió que le enseñase o mostrase el envajador una historia a su despedida, trabajada por otro envajador que el año 1688 vino a España y estuvo en Sevilla y Córdoba, reconociendo las memorias mahometanas, de la cual extracto lo conducente...» Esta noticia resulta un poco extraña, porque no se sabe de ningún embajador marroquí anterior al de 1690, que, además, no estuvo en Sevilla. (Papeles C. del Aguila, tomo 25, núm. 5).

cadores y carpinteros; de azulejos formando entrelazados geométricos o rectilíneos, caracteres cursivos y cúficos; obras en cuya creación el arquitecto ha mostrado una capacidad de invención prodigiosa, porque no se las ve en ninguna otra parte; de dorados sobre madera o estuco aplicados a los muros y techos.

«En resumen, diremos que es un palacio muy grande que tiene cuatro salones, unos con cúpulas y otros sin ellas; las galerías-barandas que los rodean a media altura están sostenidas por 52 columnas de mármol; en el piso superior hay igual número de arcos y de columnas. He aquí la descripción de uno de estos salones (12). La cúpula propiamente dicha tiene sesenta divisiones; el salón tiene tres puertas, además de la principal inmediata al patio; cada puerta tiene tres arcadas sustentadas por dos columnas de mármol blanco... El techo de la cúpula, en forma de media naranja, presenta labores de tracería doradas; la parte que queda por debajo de la circunferencia que la divide por la mitad está trabajada en estuco dorado conocido con el nombre de *ar-rchwi* (estalactitas). Las paredes del salón están cubiertas de azulejos de combinaciones geométricas; encima corren, hasta el techo, caracteres estucados, combinaciones vegetales, ornamentos palmeados, parte dorados, parte pintados de colores diversos» (13).

El embajador gestionó en Madrid, con buen éxito, la liberación de los prisioneros marroquíes, aunque no obtuvo nada sobre la devolución de los manuscritos árabes capturados en el siglo anterior y custodiados en El Escorial; visitó los campos de concentración de prisioneros mahometanos que trabajaban en la construcción de la carretera Madrid-Segovia, y el hospital donde en la Corte se atendía a sus enfermos, reconociendo que se hacía con toda solicitud. Desde allí fué a Cartagena, se hizo cargo de los prisioneros marroquíes, rescató a los esclavos de particulares de esta nacionalidad y socorrió a los que, siendo mahometanos, no eran súbditos del Emperador de Marruecos.

De regreso se detuvo en Granada para admirar sus monumentos; allí también fué agasajado (14). Por Loja, Marchena y Lebrija volvió a Cádiz, donde embarcó con dirección a Tetuán, acompañado de 800 cautivos rescatados y de don Jorge Juan, el gran marino y cosmógrafo, encargado de proseguir las negociaciones con la Corte de Fez. En toda Andalucía se recibió con júbilo la paz, sobre todo en los lugares marítimos, que desde hacía siglos venían sufriendo los ataques de los piratas. También el Emperador marroquí pareció satisfecho, y durante algún tiempo El-Gazel fué el hombre más influyente de su Corte; pero cayó en des-

(12) Se trata del Salón de Embajadores.

(13) Tomo la traducción de este trozo de H. Peres, páginas 36-37.

(14) Sobre la estancia del embajador en Granada hay un artículo de F. Valladar: «Un embajador de Marruecos en Granada el año de 1766». (Revista de España, tomo 132, 1891, páginas 585-596).

gracia cuando los marroquíes reanudaron sus correrías contra los presidios españoles de la costa. Al parecer, el Emperador creía que tales algaradas eran compatibles con la paz que había firmado, y se irritó mucho cuando la Corte de Madrid le transmitió su protesta. Aquellas negociaciones que los ministros de Carlos III iniciaron con el deseo de llegar a una inteligencia entre las dos naciones, hasta entonces radicalmente hostiles, no condujeron a ningún resultado permanente.

ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ.